

*Parajes de la Selva, es-
cenario de luchas y
aventuras.*



**Crónica de
LA SELVA**

Ecós de la tercera GUERRA CARLISTA

por Maruja Arnau Guerola

El Siglo XIX español marcó un hito en nuestra Historia. Los gobiernos ineptos que se fueron sucediendo, llevando al país a luchas y discordias, segaron lo mejor de la juventud española, mientras se iba liquidando el patrimonio multiseccular, abriendo paso a un may entendido progresismo que dio al traste con los valores tradicionales y auténticamente españoles.

La Constitución de 1869 que dieron las Cortes a la nación no fue aceptada por carlistas ni republicanos y el 8 de abril de 1872 se inicia la tercera guerra carlista promovida por D. Carlos de Borbón, denominado Carlos VII por sus seguidores.

Todas las Comarcas gerundenses vivieron intensamente los aconteceres de aquella época.

Hemos tenido ocasión de escuchar de boca de un «patriarca» del campo de La Selva las historias ya lejanas que llenaron sus oídos en los años juveniles de hazañas y horrores de una guerra que había dejado campos y masías calcinados.

Escuchamos con atención las palabras del «padrí». El cuenta y no acaba y nosotros vamos sorbiendo sus recuerdos, pluma en ristre.

— ¿Los carlistas? Vaya si puedo hablar de ellos... Un tío de mi abuela «En Pau de la Bar-

ba», Agustín Birulés se llamaba, salió de Francia junto a Savalls para emprender la lucha en España. En una de las refriegas sostenidas en Olot fue herido en una pierna y al ir a amputársela para evitar la cangrena, se opuso con todas las fuerzas que le restaban: «— ¡Dejadme! Para no poder seguir defendiendo un ideal, prefiero morir».

Oyendo a aquel viejo campesino de Fornells se diría que vivió los acontecimientos bélicos que le contaron sus antepasados. Pone un énfasis extraordinario en su narración. De vez en cuando echa una ojeada alrededor, abarcando los pletóricos campos de la hacienda, mientras sus labios desgranaban un fragmento poético de Maragall, que ensalza las bellezas del campo. Apercebimos en el anciano una delicadeza innata y una cultura muy superior a la que deja entrever su aspecto rústico de clásico payés.

— Conocéis las Guillerías? Aquellas montañas sí que fueron testigos de episodios sangrientos. En una de las innumerables masías esparcidas por ellas, había una partida de combatientes carlistas. Los liberales, encarando sus trabucos hacia la casa, dispararon a «tall de rui-xadora». Mal iban a pasarlo los soldados de Carlos VII, pero pudieron salir de aquella apurada situación gracias a su perspicacia. El rebaño de ovejas que balaban en el corral les dio la idea salvadora. Envueltos en las pieles de las que habían ido sacrificado para su sustento, se mezclaron entre ellas y así huyeron. Los voluntarios (o liberales) se tragaron el anzuelo y no dudaron que la masía se hallaba abandonada...

— ...Pero los voluntarios eran unos impíos. Aquí, en Fornells, convirtieron la iglesia en cuartel general y en el campanario siempre tenían un centinela para que les avisara inmediatamente de la aproximación del enemigo. Mi padre era monaguillo, y, en cierta ocasión, el párroco lo mandó a la Iglesia para que recogiera en un pucherillo el agua bendita de la pila. Su sorpresa fue mayúscula al comprobar que en lugar del agua la pila contenía los orines de aquellos sinvergüenzas...

— Una vez finalizada la contienda, permaneció por los alrededores del pueblo una partida compuesta de trece hombres, que con la excusa de haber sido combatientes no hacían más que cometer toda clase de tropelías. Asaltaban las casas de campo y por cada perro que oían ladrar exigían a sus dueños la gran fortuna en aquel entonces de ¡cinco duros! El jefe de la cuadrilla era un tal Bosch, de aquí del pueblo. Su casa estaba en la plaza, junto al estanco. Por la noche, sigilosamente, llegaba a ella, y su mujer «La Xiqueta», le ponía en antecedentes de la situación, entonces él permanecía en ella o volvía a marchar, según conviniera. Con el rabo de una calabaza se había proporcionado un



El viejo campesino de Fornells cuenta las historias que oyó a sus mayores

sello con la inscripción: «Capitán General de las Montañas de Gerona».

Pero «El Moreno», jefe en este Sector de las fuerzas gubernamentales, se propuso acabar con la partida. Ordenó a sus soldados se escondieran tras las gavillas de trigo para que vigilaran. Y cuando tuvieron cerca a los trece del Bosch, empezaron a gritar ¡Viva España! ¡Abajo el Morillo!» (que así era también denominado el jefe gubernamental). Creyeron los otros que eran de los suyos, y como sea que tenían intención de pernoctar en el Hostal de Estañol, hacia allá se dirigieron, seguidos de unos trescientos hombres del Moreno y él entre ellos. Una vez llegados a la posada, el capitoste liberal se dio a conocer ante la estupefacción de aquellos hombres que bullían de indignación por haber caído tan fácilmente en la emboscada que les habían tendido. Aterrorizado el Bosch, rogó al Moreno, por amor de Dios, les perdonase la vida, a lo cual accedió. Pero uno de la cuadrilla, aprovechando un descuido, quiso atentar contra el jefe gubernamental y lo habría matado a no ser por Bosch que lo contuvo: «¡No hagas tal

cosa! ¿No ves que nos perdona la vida?». Fueron maniatados por parejas y dos de ellos quedaron con las cuerdas flojas, lo que les permitió escapar en la primera ocasión que hallaron. Por cierto que uno de estos también era de Fornells y como sea que tenía una tía en Can Graig de Bruñola, hacia allí se dirigió, aunque maltrecho. Solicitaron su indulto a Barcelona y a pesar de serle concedido, no pudo beneficiarse de él, ya que a consecuencia del susto recibido en la última aventura, murió prematuramente. Con los demás, no cumplió el Moreno su palabra. Mató a los once que quedaban en sus manos.

La noche se nos hecha encima oyendo las narraciones del atento y explícito campesino. Incluso nos canta las tonadillas que cantaban los voluntarios y que todavía hoy recuerdan los más viejos:

«En Savalls de La Pera
xiribiu, xiribiu bom bom,
l'haurem d'afusellar...
...la tropa que En Savalls mena
tot ho farà dispersà...»

Y aquella otra que expresa el espíritu anticlerical de los voluntarios de la primera República:

«Capellans i frares
si voleu estar salvats
haureu d'anar a la guerra
amb En Savalls agregats.
Encara que hi aneu

tampoc no guanyareu
i diners del «presupuesto»
mai més en cobrareu.
Que així ho heu de dir,
que així ho heu de fer,
direm a boca plena
que morí Carlos VII.
No us valdran medalles
ni escapularis tampoc,
ja que vindrà un dia
que el poble us farà foc.»

Los niños de la casa, que no son pocos, juegan en la era. El ama prepara la cena. Mujer que dio al mundo once hijos y cuida amorosa de la grey familiar, mientras atiende hacendosa la casa y vigila las labores del campo. Se nos antoja la mujer fuerte del Evangelio. Verdaderamente, hemos dado con una auténtica familia, fiel reflejo de las costumbres que honran la campesina estirpe catalana.

Tocan a misa vespertina. La campana parroquial llama a los feligreses. El abuelo, caballero, ruega le excusemos. Se va a Misa.

Nosotros también abandonamos pesarosos el lugar. A pesar nuestro, hemos de dejar la calma campestre y la amable compañía que se nos ha brindado.

En nuestros oídos todavía resuena la voz del «padrí» contándonos las historias que sus mayores vivieron. «— Vos sou carlí... — — No soc carlí ni republicà, jo soc del que em dona pà...».